



# Deucalión.

5



# Deucalión.

5

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

MARZO DE 1952

**Dirige**  
**Angel Crespo**

# EL NIÑO MUERTO

Por ejemplo, el niño estaba realmente malo.  
Para nadie fué una sorpresa, por ejemplo,  
que la madre se pusiera triste,  
que el domingo, nada de concierto,  
que por ejemplo el padre anduviera pensativo  
de la mañana a la noche por su despacho.  
Por ejemplo, naturalmente, el niño se murió,  
subió el angelito al cielo a disfrutar de los caballitos del cielo.  
La madre, claro es, no se consolaba,  
el padre andaba de cabeza con los preparativos  
y la vecina decía qué lástima de niño,  
por ejemplo.  
Quiéras que no, tuvieron que pensar en sacarle:  
el niño olía mucho, por ejemplo.  
Las cintitas azules,  
una caja escogida con esmerado gusto,  
por ejemplo dos curas, una propina, un coche  
y, pián pianito, al cementerio,  
con los muchachos detrás que habían sido amigos suyos,  
bien vestidos, eso sí, por ejemplo.  
Por ejemplo, por ejemplo,  
pronto se pasó la pena  
y la madre se pintaba de lo lindo  
y con el padre volvía al ginecólogo análogo  
para hablar por ejemplo de niños posibles,  
y el padre a ganar el dinero en la oficina,  
y la vecina a decir poco bien que estará  
por ejemplo, señores, allá el angelito en el cielo.

Gabino-Alejandro CARRIEDO.



Nieva

# LO DEMAS ES SILENCIO

(Fragmento)

Soy un hombre perdido. Soy un hombre cualquiera.

Miro en torno dudando. Quizás esté ya muerto.

Considero mi mundo sin más ni más ni menos,

lo doblo y lo desdoblo.

Aquí estoy —¡buenos días!— con mi absurda corbata,

mis absurdas narices, mis absurdas preguntas,

mi modo intempestivo de ser quien soy a secas

más bien simple que tonto.

Y uno escucha, se escucha, toma en cuenta el conjunto

buscando por los limbos su extensión habitable,

su región resonante, sus distancias vitales

y un espejismo hermoso.

Y uno escribe su instancia, sus números, sus versos,

sus cartas de negocios, su sálvese el que pueda,

supone que otros hombres leerán lo no expresable

y entenderán su modo.

Y aún más, uno se silba llamándose a sí mismo,

se enrosca resbalando sus más viscosos fríos,

le inventa serpentinas medidas al vacío,

contiene sus oprobios.

Mas todo en torno sigue fatalmente continuo

y todo, fluído, quiere ser lisa consecuencia.

Tan sólo el yo pretende quedarse donde estaba,

no ser un roto escroto.

Gabriel CELAYA.

# HOMBRE EN LA NIEBLA

*Este es el momento de alzar la cabeza  
y mirar si la luz existe todavía.  
Levántanse las últimas brumas.  
Los ecos del silencio comienzan a interrogar la noche.  
Dolorido en el silencio último, miro llegar la aurora.  
Un hombre lento pasa  
cargado aún con los últimos sueños.  
Se escurren de sus ojos esperanzas tristesimas;  
afloran por sus manos hondos cauces de hastío,  
y todo él invoca con sordo clamor a la muerte.  
Hombre gris en el día naciente.  
Sombra terrestre en el primer desgarró del alba  
con su carga de angustia todavía pesando,  
pasa camino del sur sofocado y taciturno.  
(Sigo viendo venir la luz del alba.)  
Los ruidos crecen en la ciudad perezosa y fría.  
Aléjanse sus pasos en la mullida niebla.  
¿A dónde el hombre va miserable y gris?  
¿Qué recónditas luces iluminan tal vez su alma oscura?  
Detrás de la niebla desvanécese el hombre  
y en un reloj central suena la hora...*

José FERNANDEZ ARROYO.



# G A F A S

Gafas, muchas gafas. Gafas en todas las tiendas. Los ferreteros venden gafas; los camiseros venden gafas; los farmacéuticos venden gafas. Y los camiseros. Los peatones venden gafas. Y los policías con salacot blanco. Los locos venden gafas. Los médicos recetan gafas. En los restaurantes se sirven gafas. Todo el mundo come gafas.

Las gafas de miope no son feas. Las gafas de astigmático o de bizco no son bonitas. Las gafas blancas, las gafas negras, las gafas amarillas. Yo reniego de las gafas amarillas, porque la vida tampoco es amarilla. La vida o es blanca o es negra. Y todos vendemos gafas. Y nadie compra gafas, porque quien más quien menos tiene unas gafas o blancas o negras o amarillas. Las gafas amarillas son falsas. Y yo y muchos renegamos de ellas. La vida o es negra o es blanca y no hay que verla con otros colores. Verla con otros colores es engañarse y engañar al ferretero, al camisero, al farmacéutico y al peatón que venden gafas.

Gafas, gafas: ¿quién no vende por unas pesetas algo con que divertirse? ¿O una herramienta o una camisa o una aspirina? Y todo para ver de distinto modo la vida. La vida o es negra o blanca y son falsos los otros colores. La vida si duele es porque la aspirina sobra, y la herramienta, y el policía con salacot blanco que es el único hombre que detiene a la vida. La vida son coches y peatones, más peatones que coches, y todos quieren ir en coche. Y no valen aspirinas. Ni herramientas. Ni camisas blancas, ni amarillas. Los locos sobran, los descontentos sobran, los policías sobran. La vida es negra o blanca y no valen otros colores.

Gafas, gafas: ¿quién por unas pesetas no ha querido disimular un poco su vida, la vida blanca, la vida negra, con unas gafas?

Francisco VERDERA.



Vamos a la sorpresa cotidiana  
 como íbamos de niños al balcón  
 la mañana de Reyes,  
 después a las esquinas o a las rejas,  
 hoy al tibio herbolario del soñar.  
 Recogemos su don, caliente, maloliente  
 o azul con vetas claras;  
 ternísimo, desnudo  
 o arropado con líquenes;  
 viscoso, con escamas,  
 podrido, repodrido,  
 angélico, callado,  
 clamante o frío... En cada  
 esquina de nuestra alma está apostado.  
 Huérfano a veces y temblón: esquivo  
 como liebre de sal o daga de aire;  
 quebradizo, crugiente pan de un horno  
 que Dios o el Diablo cuidan y encandilan;  
 atracante, voraz...

¡Dáme la aurora  
 del día mío fuera del cerrado  
 donde el tiempo se viste y se desnuda  
 como artista o serpiente!  
 Dáme tú, proveedor de escalas aéreas  
 y de hoscos sumideros misteriosos,  
 la diaria ración que necesito  
 para gritar, mirando frente a frente,  
 a esa pupila negra, inquisidora,  
 a esas manos destrísimas que saben  
 despegar la cordial calcomanía  
 que anima nuestra tierra  
 y separar las vidas que juntamos  
 con íntimos sudores y deseos.  
 Yo no sabré jamás si tu burbuja  
 tira hacia arriba o lastra la extendida  
 mano que tiendo mendicante, pero  
 sé que soy, que sería la cometa  
 perdida, el perro ciego,  
 la mañana sin luz, el cheque en blanco,  
 sin el racimo de tu azar o celo,  
 sin tu don, que me escupes o regalas,  
 sin la llaga que entreabres en la tersa,  
 la repugnante y virginal tersura  
 que tú, desconocido generoso,  
 arrojas desdeñoso o diligente,  
 sobre esta espera de vilanos, esta  
 mudez, ceguera, soledad u olvido  
 de vidrio entre rastroja  
 que sabe puede destellar si le echas  
 a su lengua de perro, la piltrafa  
 de tu eternal saber.

Federico MUELAS.



Climent; «Maternidad».

# La escasa merienda de los tigres

En la juerga de los jergones por la cerradura  
aquél que soy yo no sé qué miraba en el patio de butacas  
no sé qué esperaba en la desesperanza pues la hora no pára  
en la esperanza de no sé qué yo desesperaba tanto.  
Y las gentes corrían por los pasillos en busca de las Bienaventuradas Islas  
que prometió el viejo que se arrulla en el furgón de cola  
y la feroz mujer golpeaba la puerta de mi cuarto: «Arriba gandul  
queridísimo gandul arriba  
está ya comenzando la función de la tarde  
queridísimo gandul de treinta años».  
Pero yo estaba allí como un ardiente niño  
como un niño con ganas de jugar furiosamente al futbol  
los domingos los jueves y los restantes días de la semana  
y me pulsaba me palpaba por si haberme convertido en ratoncito o lluvia  
o en personaje oficial de Floripondia  
o en fogonero de un navío celeste  
que partiera el día cincuenta y dos de mayo  
en busca del vinopán de los locos Dragones  
que inventaron la vida y todas las cosas.  
«Arriba querido gandul coje la escoba  
te esperan allá fuera para hacer tu papel de bendito diablejo inocente»  
Y las gentes irrumpían roncando en el patio de butacas  
y yo tocaba el tambor desde los anfiteatros  
y las gentes se ponían sus caretas apresuradamente  
y yo me desnudaba y sentía risa ganas de llorar a todo trapo.  
Ya habrán entrado todos y salido cansaditos del trabajo diario a duras penas  
ya estábamos allí todos emborrachándonos aburridos  
junto al embarcadero del Sol  
de donde parten los secretos expresos  
con su carga diaria de difuntos hacia el oeste tenebroso  
y yo me sentía como un general con apetito de ser aniquilado  
de ser fulminado por el cuello hundidamente  
por ese fabricante de agua y luz y pequeños animales paranoicos  
cuyo domicilio ignoramos todos aún a estas alturas.  
Y yo volvía a mirar al patio de butacas  
como un perro pensativo sin su hueso  
y me tiraba por los suelos bramando de estaturas perdidas

de sepulturas milímetro a segundo  
entre las rosas un corazón cavaba  
pero aquí otoño estaba herido  
aquí estaba agonizando pues ya los pelos arrasados  
e iba a cavar y abriría la luz  
y volvería a leer las indecentes noticias de Persia y de Corea  
o de etcétera bazofia de rusos yanquis y demás  
o en la radio portátil sobre la mesilla  
una voz campanuda conmemoraría a algún barbudo ilustre.  
«Gandul queridísimo gandul arriba  
está tu escoba sin mover y te esperan allá fuera  
para tu inocente diablejo de papel».  
Aventaría mi baul de pereza...  
Vds. creen?

Yo no. Ese uno que antes soyfuiserénomásdespués se rascaba apenas la cabeza  
y qué estúpidos centavos malgastados...  
Pasarían los largos horizontes con sus mensajeros de incógnito  
y en mi reloj de barro y el patio de butacas ya vacío  
y allí estaré yo así como en mi económica tumba de tercera  
porque todo habria sido vanohermosoiracundo  
tras el sueño de las lunas perdidas  
y la sagrada sangre del individuo y tal  
con sus salarios de no te menees y el cruel es todo  
ah... esta tía tan loca y tan hermosa que es la vida y es la muerte.  
«Pero gandul arriba gandul que ya se pasa la función de la tarde  
gandul queridísimo de treinta años inocente diablejo de papel.»  
Pero ya uno tenía ganas de llorar tontamente  
daban unas ganas locas de llorar tanta bienamada bestia  
con pienso que el pigmeo al paraguas del conde llovía sobre el piano  
y por eso seguía en mi jergón con mi juerga de mundo  
hasta que este cigarrillo me quemara los dedos  
yo digo.

Miguel LABORDETA.



Dibujo de Martínez Novillo



# L A S R A T A S

(Cuento)

Zósima está en el patio, hablando con las vecinas. Hablan del sol, que cae en esos momentos tras una lejana elevación del terreno.

—Este año, dice Zósima, el sol ha devorado las nubes. No ha llovido desde hace cinco meses.

—Este año, dice Sierva, que en vez de ser gorda y guapa como Zósima, es delgada y fea, arqueada la espalda, como Esperanza, este año, dice, las vacas se están comiendo el trigo de los graneros.

—Acabaron con todo lo demás, dice Esperanza, y ahora tenemos que repartir con ellas nuestros panes.

—El sol está hambriento, añade Zósima, no hace más que devorar nubes.

En la habitación donde duerme el niño de Zósima ha entrado una rata gris, careta, casi tan grande como un gazapo. El niño de Zósima tiene un mes y veinte días. Se llama Pelayo. El no lo sabe todavía ni tal vez lo sepa nunca. Cuando nació, mientras era alumbrado, Zósima mugía como una vaca. Como una de esas vacas con las que no hay más remedio que compartir el pan. Luego, al ver a Pelayo, entre el dolor y el gozo, chillaba como una rata, como ese roedor, careto y grande, de esos que muerden a los pollos en el culo y les vacían el abdomen, que acaba de entrar en el cuarto del niño. Al nacer, el chico estaba blandito, pringoso, encarnado. Luego, se fué poniendo gordo. Le salió un sarpullido por la cara. Era de no bañarle. Pero, en cambio, su color era muy bonito. Las ubres de Zósima, calientes, pletóricas, asexuales ya, eran una bendición, y, aquel día, Zósima, tras vaciarlas en la boquita de su hijo, le dejó en la cuna, bien arropadito, bien caliente, y se fué a hablar del tiempo con sus vecinas.

Esperanza es la mujer más viuda de aquel pueblo. Se le han muerto tres maridos. Aún ahora, que está casada en cuartas nupcias, la gente la llama la «Viuda». A su marido aquéllo le da igual. El no es hombre de palabras sino de hechos. El llama «Viuda» a su mujer y se acuesta con ella. Como nunca tuvo un hijo, no hay miedo de que venga a complicarle la existencia trayéndole uno cuando menos lo espere. El marido es feliz por que no es demasiado inteligente, además ¿qué inteligencia se puede adquirir yendo siempre detrás de las mulas para que salgan derechos los surcos? A Esperanza le gusta que este año la tierra sea estéril como su propio vientre. No se dá cuenta, pero le gusta. Por eso, cuando Zósima quiere



ir a darle una vuelta al niño, la entretiene para seguir hablando de la sequía.

—¿Y la luna? Esa no trae este año ni un nublado. Es lo que dice Elías.

Elías es su marido. Cuando no hay nada que hacer en el campo de labor, se va al monte y hace carbón vegetal. En el límite de los cabellos de Esperanza se puede adivinar la profesión de su marido.

—Sí, la luna también...

Las mujeres siguen hablando. Ahora hablan mal de la luna.

La casa de Zósima es una de las más pobres de aquel pueblecito. Hay ratas hasta en las casas de los ricos. En la de Zósima, con doble motivo, las hay grandes como gazapos. Muchas veces se comen los huevos en los nidales de las gallinas. Como Zósima y su marido no tienen más que cinco, cuando desaparece uno de los dos o tres huevos que ponen cada día, hay un disgusto familiar. Pero este año no hay problema: Con la sequía, se han muerto las gallinas. Pero las ratas no se han muerto. Ellas se las arreglan mejor. Me parece haber leído en algún sitio que son omnívoras. En esto se parecen a los hombres. Tal vez por ello se usen en los laboratorios para experimentar. La rata que ha entrado en la habitación de Pelayín es, desde luego, mayor que un conejo de indias. Creo que se llaman cobayos. Los cocuyos son otra cosa más grande.

—Pues sí, habla Sierva, mi padre dice que nunca se ha dado el caso, hasta ahora, de pasarse cinco meses sin llover.

Las comadres están sentadas en serijos de anea. Enseñan las puntillas de sus enaguas. Las de Zósima están limpias. Las de la «Viuda» tienen un color indefinido. Las de Sierva, que es solterona —todo lo contrario que Esperanza que es de las que tienen el Santo de cara, como ella dice— son pulcras, almidonadas y algo antiguas. No ha habido un hombre que se las estropee. Por eso se le han ido consumiendo las carnes y, ahora, está tan flaca como la «Viuda». Unas por más y otras por menos.

La habitación en que duerme el niño de Zósima es la mayor de la casa. Las otras dos son la cuadra y el desván. El patio está en la parte trasera de la casa. Esta habitación es cocina y dormitorio. La rata se ha colocado cerca de la lumbre. Se rasca los bigotes con las manos, sosteniéndose en las patas. Mira a un lado y a otro. Los pobres pobres no pueden mantener un gato. Pelayín duerme en una cuna que le ha regalado, apenas nació, su tío Pelayo, el padrino. Es carpintero este tío Pelayo y los sábados coje unas borrracheras de no te menees. Como es el padrino, dice que el chico tiene que salir a imagen y semejanza suya. Algunos carpinteros piensan así. La rata,

que ha salido de un agujero que hay detrás de un serón vacío, se acerca a la cuna. Por el mismo agujero, aparece otra rata más pequeña. Es careta como la mayor. De una carrera corta se pone al lado de aquélla. El padre de Pelayín dice que para hombre hombre, su chico. No hay más que verle cuando su madre le fregotea las piernas con una esponja verde. El padre está escardando un plantío. Con la sequía no crecen más que cardos.

De eso precisamente están hablando las tres mujeres, Zósima dice:

—Trae espinas hasta en las barbas. Yo no sé, de verdad, cuales son barbas y cuales espinas. Cuando me besa me hace poner el grito en el cielo.

La solterona se clava las uñas en la palma de la mano. A la «Viuda» no le ha hecho efecto la cosa. Todos los hombres son por el estilo, unos porque han estado escardando y otros porque no distinguen donde duele y donde nó.

Las ratas son omnívoras y voraces. No tan voraces como los topos que suelen ingerir en un día una cantidad de alimento muy superior a su peso. Las ratas, más delicadas de paladar, son omnívoras y feroces. Se cuenta y no se acaba. Ni gatos ni trampas. Deben ser tan feraces como los conejos. Pero un conejo no habría saltado sobre la cuna, bajita y pequeña, de Pelayín.

Las tres vecinas se han puesto en pie.

—Como sigamos así, tendremos que comer trompillos de jara.

No sé lo que serán los trompillos de jara y eso que he vivido en el campo muchos meses. Pero la frase, en boca de la solterona, tiene gracia. Debe querer decir que van a tener que comer cualquier cosa inadecuada.

—Sí, sí, dice Zósima, echando a un lado el serijo con el pie.

En esto, se oye llorar al niño. No llora como cuando tiene hambre. Chilla con desesperación. Las mujeres corren hacia la casa. Dos ratas caretas, grandes, voraces, feroces, omnívoras, huyen alocadas por la habitación. Nadie repara en ellas. ¿Quién va a hacer caso de esos animaluchos cuando el niño ha debido ver al mismísimo Lucifer? Como buenas cristianas, creen en Lucifer. El debe ser quien le espanta los novios a Sierva.

Las mujeres miran al niño que llora y se agita en brazos de su madre. Ya se sabe: Cuando sea mayor le llamarán en el pueblo «El Chato de la Zósima». Y no será cazador. Le sería imposible apretar el gatillo con el dedo índice de la mano derecha.

Angel CRESPO



GREGORIO PRIETO.

«Marineros» de Gregorio Prieto.

# P O E M A

Mí aparición me asombra en el espejo,  
tan real, tan aparte,  
tan enfrente del mundo.  
Les preocupa a mis manos su poder  
y de los pies me brotan los caminos.  
Hago lo inevitable, lo inmediato;  
las voces más cercanas me dirigen,  
los casuales encuentros.  
No quiero dejar nada, sólo lo que se va.  
Elegir es nacer  
y morir de otro lado;  
el viento y el trastorno es lo de menos.  
Un niño inseparable  
se me enferma y me llora;  
yo cierro mis oídos por callarlo.  
No me puedo negar: soy lo que hice,  
aunque por otra vía purificarme pueda.  
Siento a veces presagios de un castigo total.  
Siento pasar a veces un aire que me afirma.

Atilano LAMANA.



# NOCTURNO XVII

No quisiera sentir este corazón que se abre como un mar en la tierra,  
esta dulce rama que los insectos corroen con su tenue polvillo silencioso,  
cuando el mundo despierta tras la lluvia que empaña una sonrisa  
y el alma es como un pecho que olvida la fiel tristeza de un día.

A esa boca que solloza en la tarde, yo quisiera retener con mis labios;  
oir su música interrogando amarga las más bellas cosas;  
abrazar ese recóndito río que ensancha su secreto tras las lágrimas  
como un triunto solemne que la muerte, en su huída, desentierra.

•No basta, oh amor, disolver en el alma los menudos despojos que cayeron  
entre vidrios pisados y hojas que encendían el rito de su entrega.  
No basta recordar el brumoso imperio que azotaba tu cabeza  
en el lecho indeciso que fundía declinantes palabras y suspiros•.

¿Quién sabe qué viento recorre los suavísimos confines de tu noche  
ni qué cálido signo graba mi silencio entre los labios que te apresan?  
Oyeme: olvidar quisiera esa sonrisa que crece bajo la escoria de tu llanto  
y huir de mí mismo y de tu sombra a través del tiempo y sus heridas.

Yaceré aquí, amor. Y si un aroma volviera repitiendo tu tristeza,  
como un doliente cadáver que las aguas en la ribera golpean  
así, una vez y otra, como un cadáver, sé que mi deseo caería  
golpeando su piel sobre la huella de tu piel entre las algas...

Manuel ALVAREZ ORTEGA.

F E D E R I C O   G .   L O R C A

**Mi corazón se vuelca sobre la fuente fría.**

**(Manos blancas, lejanas,  
Detened a las aguas.)**

**Y el agua se lo lleva cantando de alegría.**

**(¡Manos blancas, lejanas,  
Nada queda en las aguas!)**



Dibujo del poeta en un ejemplar del «Libro de Poemas»



# VOZ DE MORIR, VOZ...

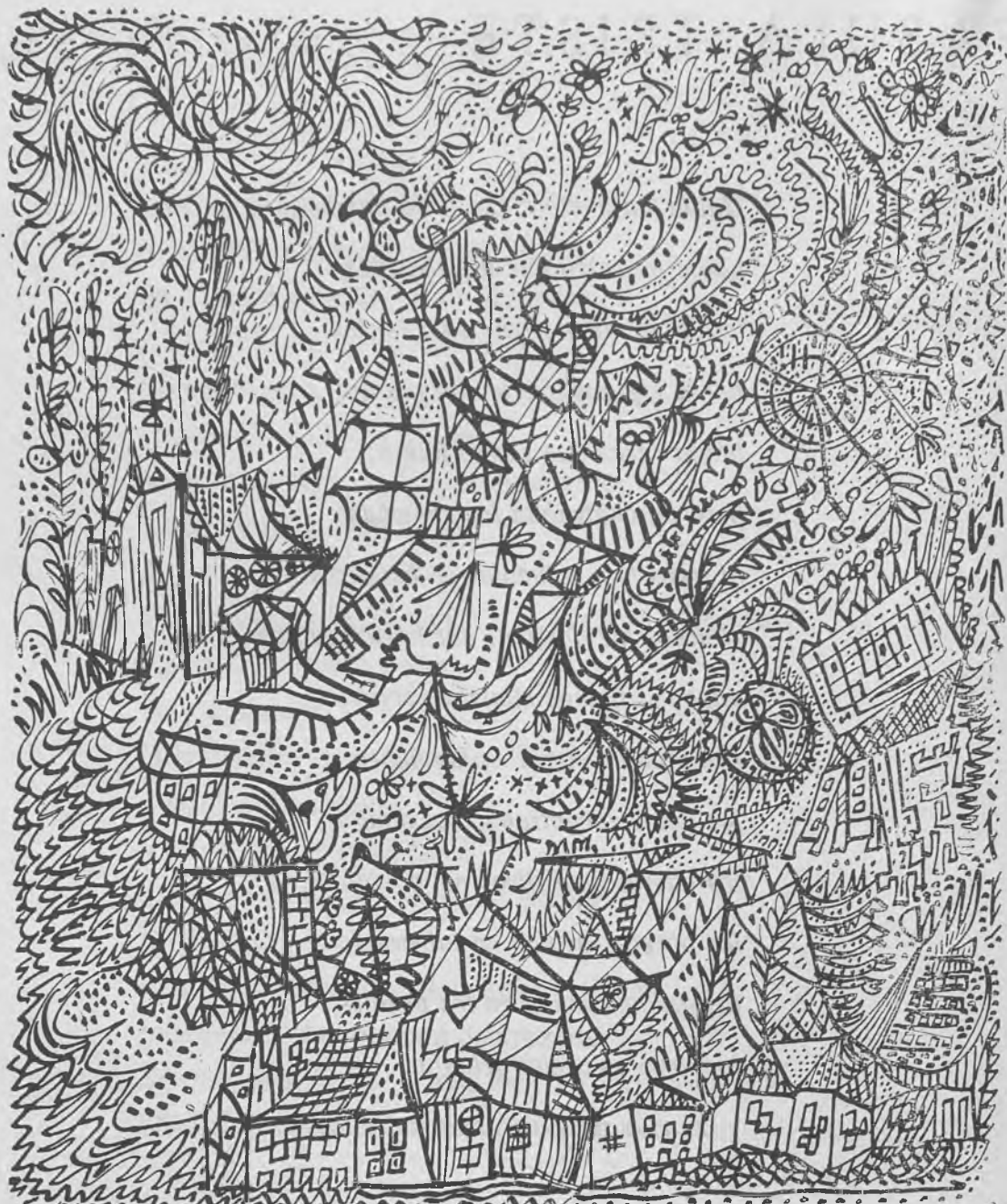
Dios está aquí. Miradlo.  
Sentidlo en el fragor de mi latido,  
en el puente de fiebre de mis venas.  
Lo tengo aquí, prendido;  
lo tengo aquí, dentro de mi camisa.  
Dios está aquí. Os lo juro.  
Está impaciente aquí, pero contento,  
y aún llegaréis a tiempo  
de ver cómo se escapa,  
sin que mis manos, rígidas, puedan ya sujetarlo.  
Hay tierra que lo busca.  
Hay agua que se asoma.  
Hay árboles que se hablan susurrantes  
y doblan su cintura,  
y hasta cables tendidos  
para ver de cogerlo cuando escape.  
Sobre todo, la tierra  
tiene ya demasiado silencio, y lo desea,  
buscando esta columna destrozada.  
Sé que, cuando me tenga, se ensañará conmigo.  
Dios no estará ya entonces, porque escapóse a tiempo.

Emilio RUIZ PARRA.

# FABULA TRISTE

*Había un hombre que tenía hambre,  
había un carro que tenía ruedas,  
había un mundo que tenía tontos,  
había espigas que tenían granos,  
había casas que salero había,  
pero no cultivaban las cigüeñas  
ni buscaban columnas en los peces.  
Únicamente dos más dos hacían cuatro  
aunque algunos ministros sonreían.  
Buscaban aviones en las nubes,  
los niños encontraban sus amigos,  
los bueyes pensativos no pastaban,  
los obreros bebían en tabernas,  
los gitanos vivían en los puentes,  
las devotas decían letanías  
y los ríos sus piedras arrastraban.*

**Antonio FERNANDEZ MOLINA.**



enrique núñez castelo lo dibujó en madrid el día  
4 de enero de 1952. para su amigo Ángel Crespo.

De Enrique Núñez-Castelo.



# CANTO A GUIOMAR

## PRIMERA PARTE

«Lo era todo:  
Naturaleza, Amor y Libro.»

J. R. Jiménez.

1

### GUIOMAR EN LA LLUVIA Y LA TIERRA

Me salí a la mañana con mi corazón nuevo.  
¡Qué suavidad de lluvia! ¡Oh, tierra a mí entregada  
caliente aún, materna,  
lavada de las lluvias!

    Mi corazón se hizo más de tierra y de cielo:  
por dentro en él llovía.

    Y fué entonces tu encuentro,  
oh dulcísima en lluvias, oh ingrávida muchacha,  
aliento de la tierra para mí pareciste en tu azul primavera.

    Mi corazón se hizo más caliente y humano:  
por dentro en él llovía.

2

### GUIOMAR, PASANDO

Me refugié en mí mismo adivinando pasos.  
Guiomar, no te miraba.  
Tenía un corazón tan grande como el mundo  
latiendo locamente;  
presentía algo grande, en un momento inmenso,  
mi timidez de niño;  
y cuando abrí mis ojos, no sé que rosa tibia,  
temblaba, luminosa, casi viva, diciéndote,  
encendida en el aire que tocaste a tu paso,  
aunque tú ya no estabas.

3

### GUIOMAR Y LLANTO VAGO

Me miraste fijamente y yo bajé mis pupilas.  
Sentí que aquella tarde, intensa ya y morada,  
caía irremediablemente hacia su ocaso.  
Sentí mi corazón como tibia manzana.  
Mi frente fué más grande, más blanca de tristeza.  
Como humedad de tierra, un llanto en mí crecía.

4

### PRESAGIO EN GUIOMAR

¡Ay, como sonreías!

Sentí que te nacía una luz casi espíritu,  
que te hacías de pronto caliente primavera,  
que toda tú finísima, entonces encantada,  
eras esa profunda emoción que decía  
nuestro sencillo y puro corazón olvidado.  
Y sentí como un dulce, apacible secreto  
que guardabas entonces, para mí y para todos,  
humanísimo, amiga.

5

### GUIOMAR EN LA NOCHE ESTRELLADA

Anoche grité: ¡Guiomar!  
creyendo que tú venías.

Tenía un corazón  
abierto, puro, franco, rociado de estrellas;  
sentía una emoción morenísima y tuya,  
celeste aún y tibia;  
¡y qué esperar tenía.  
en que acaso vieras!

6

### GUIOMAR, EN PRIMAVERA

¡Cómo sentí tu paso, lentísimo y gustoso!  
Florezcan tus pechos;  
se marcaban tus labios, llenos, rosados, tibios;  
casi creciste un poco cuando Augusta pasabas,  
y toda te volviste aroma de tí misma,  
insinuación, arrullo.

7

### GUIOMAR, EN MI ALMA BUENA

Tenía una emoción suave, morena, dulce,  
tenuemente lejana.  
Era como si ya estuviese contigo,  
como si hubiese un mundo de tu alma y la mía,  
fundidas para siempre.  
Y tenía la dulce, la infinita añoranza  
de todo lo dejado para quedar contigo;  
de todo lo que tú también abandonaste  
para que no fuese triste mientras vivía.  
Y estaba el corazón franco, enterizo, bueno,  
perfecto en lo que tú quisiste que tuviera por pan de cada día.

8

### SIN GUIOMAR

¡Qué importa el viento puro, si tu Guiomar, no existes,  
si tengo un corazón que la lluvia ha creado  
y una angustiada idea de que morir es bueno!

Fernando CALATAYUD.



Monocopia de Bruno Venier.



# Hay algo que puede decirse

DESEARIA haber ido a mi señor cuando necesitaba,  
debería haber galopado todo el camino,  
pero este es un asunto que concierne al Estado,  
y yo, siendo una mujer, debo quedarme.

Ví cuando se alejaban del patio del palacio  
en un carruaje y con el manto del Estado.  
Habría ido por los caminos y los vados;  
sé que han de volver muy tarde.

Puedo caminar por el jardín y juntar  
linas de madreperla.  
Tenía un plan que hubiera salvado al Estado.  
Pero los míos son los pensamientos de una niña.

El más viejo de los ministros se sienta en la estera  
y disputa por medio día;  
cien planes han sido presentados y abandonados  
y el mío sí que era el conveniente.

ANONIMO (China).

# DESDE MI SOLEDAD ENAMORADA

Lejos, muy lejos de la hermosa inocencia clamorosa del mar, que no cesa de hablarme; donde el aire no aguarda a que florezca el almendro, ni sueñan los naranjos encendiendo su savia, ni el remo melancólico zanja lienzos de espuma. Aquí, donde los pájaros sólo posan su dicha sobre el viejo cansancio de la fría espadaña rindiendo lejanía; y nunca han conocido la frondosa costumbre de los blandos plumajes que ceden cada noche su nuevo poderío. Yo esperaba con lenta pesadumbre de niño deshojado a la sombra de una tarde rosada, tan solitariamente como el ameno invento del arroyo escribiendo entre un álbum de otoño. Contentaba mi horario de entristecida alondra recordando el jardín donde murió su idilio una mañana heroica de inesperado encuentro, cuando el único mérito de la vida era amarse.

He aquí como un día empecé a descubrirte. Tu cabello oreaba libremente traslúcido bajo la luz confusa del mediodía histórico, y casi te escapabas como si me advirtieras un mundo de lujuria o gozo emocionado. Aún no osaba tu voz de benévola pausa a inaugurar mi nombre. Compañera de siempre te figuraba entonces. Y tu palabra fácil conquistaba, tanteando, mi relato más íntimo. Esbelta te soñaba, con ese aire helénico que incita a preguntarte por tu origen de diosa crecida entre magnolias, piadosamente hollada por el milagro diario que disipa la niebla. Te amé, te amé tan pronto como canta la nieve sobre un campo de espigas, con esa azul dulzura de la naciente aurora después de una agonía de madrugada mórbida. ¿Y tendré que olvidarme de aquél antiguo idioma con el que acostumbraba a imitar a los peces? No, no puedo quedarme tan sólo con el hombre que amanece de pronto interrogando al cielo; quiero volver a solas sobre el mar de mi infancia y amarte, sí, aunque sea mi corazón de arena.

José María FORTEZA.

# Cocktail=Aperitivo de Arte Abstracto

COLABORAN: Max Planck, P. Nieremberg, J. Maritain, T. S. Eliot, Eddington, H. Reichenbach, P. Augusto O. C. D., Ch. Louis Philippe, Aristóteles, Dilthey, Whitehead, A. Berguin, Chesterton, Rouault, A. Duesch, Einstein, Picasso, Chen Panch'iao, Tschuangtse, Malevitch, Kandinski, Millet, Chang-Chao, Franz Marc, Brancusi, Luis Yutang, Eden Phillipots, Ortega y Gasset, Koestler, Schraedinger, Emiliano Aguaco, Elisabeth Mulder, San Benito, B. Russell, Bergson, Shakespeare, Hebbel.

*La causa es, porque se le da sustancia  
entendida y desnuda de accidentes y fantasmas.  
(S. Juan de la Cruz. C. Espiritual).*

Hasta cierto punto, la música y el Arte son también ensayos para resolver, o al menos para expresar el misterio. Todos los sentidos suponen el tacto. Ellos desconocían a fondo el valor de lo abstracto, de esta inmaterialidad más dura que las cosas, aunque impalpable e inimaginable, que el espíritu va a buscar en el corazón de las mismas.

Mucha realidad no sufre la humana razón. ¿Qué es lo que realmente observamos? Cornap define, por ejemplo, la proposición «las cosas existen» por la proposición «existe cierta regularidad determinada entre las percepciones» y es que el arte no nació para reinar, nació para servir. El arte es la flor de la cultura, su cifra es espumosa y su luz deslumbra. Esto es cierto; pero solo cuando «se supone debajo de un orden abstracto iluminado». Cuando no amo nada, no soy nada. Es una alegría más preciosa entrever oscuramente y de la manera más pobre cualquier cosa de aquel mundo, que poseer claramente y de la manera más perfecta, lo que está hecho a medida. Resulta que nuestra imagen de la naturaleza es mera sombra proyectada por una realidad que nos es desconocida. La mentalidad pura, se hace fácilmente frívola en su consideración de los hechos. Lejos de prescribir a los pintores el ca-

mino a seguir, es preciso entender el sentido de la pintura que necesariamente practican; en ella hallaremos signos de un estado de conciencia revelador del alma contemporánea.

Todo artista sabe que la forma no es superficial, sino fundamental, que el dibujo es un tiro del espíritu en vela, y que la facultad de percibir lo esencial en forma intuitiva es la que caracteriza al artista.

Mediante el saber puramente lógico no estamos en condiciones de llegar a conocimiento alguno del mundo de las experiencias. Ninguna otra clave que la de la poesía. El público no siempre comprende el arte moderno.

Esto es un hecho, pero es porque no se le ha enseñado nada concerniente a la pintura. Es difícil ser hábil, pero aún más difícil progresar desde la habilidad a la torpeza.

Comprender los diferentes órganos del caballo no es comprender el mismo caballo. Es evidente que la pintura posee fuerzas de expresión y medios tan potentes como la música.

Se trata de trabajar como varios negros; preferiría no decir nada a expresarme debilmente. Por otra parte es fútil que los críticos del medievalismo citen cientos de frases que se suponen suenan a pesimismo si no entienden el hecho central.

Hay escritos que son hermosos aunque no son gramaticales y hay otros que son muy gramaticales pero repugnantes. Esto es algo que no puedo explicar a personas superficiales.

Las tradiciones son una gran cosa, pero solamente cuando se las crea, no cuando se vive de ellas. Las cosas no son difíciles de hacer, lo que es difícil es ponernos en condiciones de hacerlas; mientras haya savia adecuada ha de crecer de algún modo el árbol y mientras dé agua el manantial, el río seguirá corriendo.

Para quedar como clásico no basta ser clásico; cree el vulgo que es cosa fácil huir de la realidad, cuando en realidad, es lo más difícil del mundo.

Es fácil decir o pintar una cosa que carezca por completo de sentido, que sea ininteligible o nula; bastará con enfiletar palabras sin nexo o trazar rayas al azar.

Pero lograr construir algo que no sea copia de lo «natural» y que sin embargo, posea alguna sustantividad, implica el don más sublime. Nuevas formas de existencia son otras tantas victorias penosa y críticamente arrancadas por la tendencia hacia la integración contra la antagónica tendencia disociadora.

Y así descienden los sueños del mundo de las visiones ociosas y entran en el mundo de la realidad, y se convierten en fuerza real en nuestra vida. Por vagos que sean los sueños son cosas reales.

Comprensión clara y definida del mundo de las apariencias sensibles, y detrás de él una especie de fatalidad oscura, eternamente incomprensible, ineluctable y misteriosa.

Lo cierto es que hace ya mucho tiempo que no tengo curiosidad por saber nada de eso que llamas anecdótico. Fortuna o miseria, fracaso o triunfo, todo tiene un mismo significado para el artista, y así partió instruido de ignorancia erudita y provisto de sabiduría no erudita.

La esencia de la gran experiencia estética es la penetración en lo desconocido, en lo no experimentado, pero por más que hayamos viajado hacia la abstracción puede ser que aún nos sea preciso viajar mucho más.

En suma todo ocurre como si al apoderarse de la materia, la inteligencia tuviera por principal objeto dejar pasar algo que la materia detiene.

La abstracción puede desorientarnos en relación con el complejo real del cual procede. Pero en el oscuro retiro debajo de la conciencia existe el sentido de realidades que se hallan tras las abstracciones.

El sentido del proceso está siempre presente y este proceso apunta siempre a su origen.


*Estos nuestros actores  
Como os lo anunciaba, eran todos espíritus  
y se han desvanecido en el aire.  
En el aire ligero.*

Nuestra exposición del mundo exterior debe ser necesariamente una «Algarabía» de actores irreconocibles que ejecutan acciones irreconocibles ellas también. ¿Cómo podemos en estas condiciones llegar a saber algo? Debemos buscar un dato que no se refiera ni a los actores ni a sus acciones, pero del que los actores y las acciones sean el vehículo. El conocimiento que podemos adquirir es el de un cañamazo en el que las acciones están, por decirlo así, «bordadas». Creo que un artista comprenderá en parte lo que quiero decir. ¡Quizás está aquí la explicación de las «algarabías» que vemos colgadas en las paredes de las exposiciones de arte! Este reino, fuera de las conciencias individuales en el que se localizan las causas comunes de las estructuras sensoriales de diversas conciencias se llama «mundo exterior» y nuestra costumbre de visualizar la estructura, nos dificulta la comprensión de su abstracción esencial; ya que los contenidos estructurales de diferentes conciencias no son del todo independientes entre sí.

Cierto que es necedad condenar todo lo viejo por el solo hecho de serlo. Pero mayor necedad es todavía elogiarlo por esa razón sola. La pasión sostiene el fondo del universo y el genio pinta su techo, y no es más que una muy miserable imparcialidad, aquella que permite quedarse fuera de lo que se trata, sin hallarse conmovido por ninguna emoción; el buen juez, lo mismo que el dramaturgo y el escritor, descubre la verdad subjetiva contenida en cada una de las demandas, y su veredicto es la síntesis y no el repudio de estas verdades fragmentarias. Dicho de otra manera, la objetividad supone el equilibrio y no la ausencia de emoción. Cuando se encienden fanales, señal de que el sol no va a salir; y así como Dios hace existir para suyo las participaciones creadas de su esencia, así también el artista se pone él mismo —no lo que vé, sino lo que és— en lo que hace. Por eso, quién considera las miríadas de paisajes que Dios firma en cada onda de luz, un rostro cualquiera de animal o de hombre, vé que son propiamente INIMITABLES, y que hay más humildad en continuar a nuestra manera el impulso creador, que querer igualar su efecto en una imagen.

Santiago LAGUNAS.

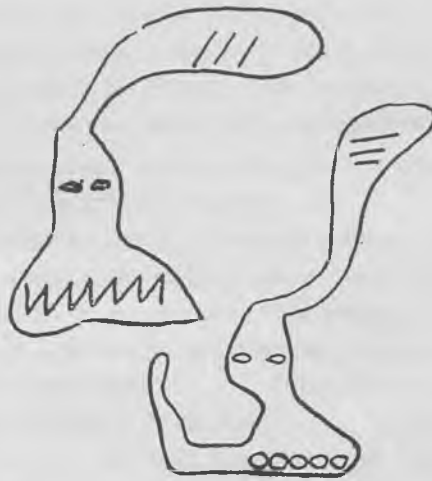




El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto  
y el de la última página de Madrilley.

Imprenta Provincial





Subvencions «Deucalió» la Excma. Diputació Provincial

GABINO-ALEJANDRO CARRIEDO.  
FRANCISCO NIEVA.  
GABRIEL CELAYA.  
JOSE FERNANDEZ ARROYO.  
FRANCISCO VERDERA.  
FEDERICO MUELAS.  
CLIMENT.  
MIGUEL LABORDETA.  
MARTINEZ NOVILLO.  
ANGEL CRESPO.  
GREGORIO PRIETO.  
ATILANO LAMANA.  
MANUEL ALVAREZ ORTEGA.  
FEDERICO GARCIA LORCA.  
EMILIO RUIZ PARRA.  
ANTONIO FERNANDEZ MOLINA.  
ENRIQUE NUÑEZ-CASTELO.  
F. CALATAYUD.  
BRUNO VENIER. (Rep. Argentina)  
ANONIMO. (China).  
JOSE MARIA FORTEZA.  
SANTIAGO LAGUNAS.  
MADRILLEY.